

**PALABRAS PRONUNCIADAS
POR EL RECTOR MAGNÍFICO DE LA
UNIVERSIDAD DE NAVARRA
EN LA INAUGURACIÓN DEL CURSO 1993-94**

ALEJANDRO LLANO

Excelentísimos e Ilustrísimos Señores.

Compañeros de trabajo universitario.

Señoras y Señores.

Al comenzar hoy el Curso 1993-94, iniciamos una nueva etapa de ese diálogo interpersonal y científico que constituye la entraña de la vida universitaria. Porque toda la actividad académica está basada en la convicción de que el empeño por alumbrar y transmitir los saberes se potencia con la búsqueda conjunta de la verdad. A la verdad se la ama y se la sirve desde muy diversas posiciones y actitudes, que mutuamente se enriquecen cuando se encaminan hacia la finalidad común de avanzar en el conocimiento de la naturaleza, de la sociedad y de la persona humana.

Condición necesaria del diálogo es la aceptación del pluralismo. La realidad es compleja y no sólo autoriza sino que exige diversidad de perspectivas para abordar su entendimiento. Al propio tiempo, los hombres y mujeres no somos sujetos puros, sino que nuestra personalidad está configurada por distintas trayectorias vitales, diferentes fibras éticas y preferencias de muy vario linaje. Son muchos, por tanto, los senderos que convergen en el descubrimiento de las nuevas realidades y en el perfeccionamiento individual y social.

Por su propia inspiración fundacional, en la Universidad de Navarra no sólo se tolera el pluralismo en el amplio campo de las cosas opinables, sino que se fomenta y se valora como positiva expresión de la legítima libertad personal de cada uno de los que en ella trabajamos. No hay aquí escuelas de pensamiento impuestas de antemano ni ideologías oficiales. Nuestro único compromiso es la búsqueda de la verdad a través de un diálogo lleno de rigor científico y de respeto por los que piensan de manera diferente.

Advirtamos que el pluralismo no equivale en modo alguno al relativismo, ni la actitud de diálogo a la indiferencia ante soluciones contrapuestas. Acontece, más bien, lo contrario. Si hay posiciones diversas que entran en confrontación dialógica, es precisamente porque se comparte el convencimiento de que hay una verdad objetiva y la esperanza de que se pueda acceder a ella por el recto ejercicio de la inteligencia. Si se partiera, en cambio, de que la verdad es algo puramente convencional o inaccesible, las opiniones encontradas serían sólo expresión de interés en conflictos, de manera que todas vendrían a valer lo mismo, porque en definitiva nada valdrían. Lo que imperaría, entonces, sería el poder puro, la violencia clamorosa o encubierta, tan dolorosamente manifestada en la actualidad internacional.

Ser universitario es un modo de vida que consiste en pensar que el estudio, el aprendizaje, la conversación racional, es el mejor camino para la resolución de los problemas, para la mejora del mundo y de la sociedad. Quienes manifiestan tal convicción están acostumbrados al inmediato reproche de idealismo utópico. Pero lo malo de la acusación de utopía es que se vuelve contra quien la fórmula, ya que manifiesta el perfil de su propio escepticismo, es decir, la extensión de todos aquellos valores en los que realmente *no* cree. Los universitarios son los que realmente *creen* en la vigencia del diálogo, es decir, en que el camino del logos —de la razón— es andadero. Al implicarnos en un coloquio, nos dejamos conducir por una fuerza que supera nuestras individuales preferencias, que reduce nuestros prejuicios, que abre un ámbito de encuentro para nuestras inteligencias. La entera cultura occidental está basada en este convencimiento, al que responde la propia institución universitaria.

Apartarse de él, por el contrario, es siempre una muestra de decadencia intelectual y deterioro ético.

No somos nosotros los que poseemos la verdad, es la verdad la que nos posee. La verdad, dice el Profesor Leonardo Polo, no admite sustituto válido. Y Ortega y Gasset afirmaba en 1934: «La verdad es una necesidad constitutiva del hombre... Este puede definirse como el ser que necesita absolutamente la verdad y, al revés, la verdad es lo único que esencialmente necesita el hombre, su única necesidad incondicional». Esa verdad necesaria no nos encadena: nos libera de la irrespirable atmósfera del subjetivismo y de la esclavitud a las opiniones dominantes, que representan obstáculos decisivos para el despliegue de un diálogo seriamente humano.

Veritas liberabit vos. La fuerza liberadora de la verdad es un valor genuinamente cristiano. La Fe no ha de ser nunca constricción o barrera, sino acicate para la investigación y apertura de posibilidades no accesibles a la razón meramente humana. Así lo muestra la vinculación del surgimiento de la ciencia moderna a una concepción cristiana del mundo, que se encuentra también en el origen histórico de la propia institución universitaria.

El diálogo universitario se encuentra en nuestros días ante nuevas exigencias y posibilidades. Tiene que enfrentarse al empuje del especialismo tecnocrático, para el que el árbol de la ciencia no pasa de ser una metáfora vacía de sentido. Por eso la Universidad actual ha de alcanzar no sólo *competencia técnica*, sino también *competencia comunicativa*. La necesaria calidad de la enseñanza aúna hoy ambas exigencias. Porque, de una parte, no basta con transmitir destrezas profesionales, sino que es preciso formar personas cultas. Mas, por otra, la propia educación está hoy experimentando espectaculares transformaciones basadas en la incorporación de tecnologías avanzadas a la investigación y a la docencia. La informática, la telemática y la comunicación audiovisual han dilatado las fronteras espaciales y temporales de los ámbitos de diálogo. En la era postindustrial se está logrando una nueva sutura entre humanismo y tecnología, que viene a superar el tópico de las «dos culturas» y a abrir inéditas posibilidades al diálogo educativo. Y de este proceso no puede estar ausente la Universidad. No lo está, por cierto, la Universidad de Navarra para la que —dentro de la limitación de sus

recursos— la exigencia de hallarse en el rompiente de los mejores métodos pedagógicos constituye un imperativo institucional.

Nada puede sustituir, con todo, al encuentro personal que acontece entre profesores, estudiantes y todos los que trabajan en la Universidad. Cuando se produce, en el aula, en el laboratorio, en un despacho, en un pasillo o al aire libre del campus, la palabra no sólo es instrumento de comunicación y vehículo del pensamiento, sino que se hace cauce de una personalidad que se abre a otra para actualizar el servicio conjunto a los valores de la verdad, el bien y la belleza. La Universidad no es una factoría de conocimientos mostrencos que pasan de mano en mano. La Universidad es un ámbito privilegiado de lo que los clásicos llamaban amistad social. Una amistad que sólo es posible entre los que quieren a otros, precisamente porque quieren *con otros*. Con otros quieren la promoción de un bien común que trasciende los intereses individuales y hace destellar la benevolencia como donación generosa y creativa.

Las «grandes amistades» que florecen en el diálogo universitario superan la estrechez del intercambio bilateral de opiniones y sentimientos. Vienen a ser como un dinamismo ascendente en el que somos arrastrados hacia zonas más libres y abiertas, donde emerge lo mejor de nosotros mismos, y los ideales adquieren vida y parecen asumir personalidad ante la mirada de la mente. El diálogo está entonces hecho más de silencios que de palabras. Los interlocutores escuchan calladamente la voz de una antigua y nueva sabiduría, la cual les aúna más estrechamente que el cruce de sus particulares ocurrencias.

El diálogo es como el hilo conductor que recorre los trabajos y los días de la Universidad, en la que todos enseñan y todos aprenden, todos atienden y todos preguntan, todos procuran llegar a un conocimiento de los demás que no busca tanto la explicación como la comprensión. Lo cual no se realiza en una especie de reducto bucólico, ajeno a las tensiones sociales y a los enfrentamientos históricos. Como escribió nuestro primer Gran Canciller, el Beato Josemaría, «la Universidad es el lugar *para prepararse* a dar soluciones a esos problemas; es la casa común, lugar de estudio y amistad; lugar donde deben *convivir en paz* personas de las diversas tendencias que, en cada momento, sean expresiones del legítimo pluralismo que en

la sociedad existe». Si la Universidad se convierte en el aula donde se debaten y deciden problemas sociales concretos y acuciantes, es fácil que se pierda la serenidad académica. Es «preferible —continúa el Fundador de la Universidad de Navarra— dedicar estos años a una preparación seria, a formar una mentalidad social, para que los que luego manden —los que ahora estudian— no caigan en esa aversión a la libertad personal, que es verdaderamente algo patológico» (Conversaciones, nn. 76-77).

La Universidad es un libre foro de diálogo: ámbito en el que la libertad y el rigor se dan la mano para conversar serenamente acerca de las cuestiones radicales. Se templan así personalidades jóvenes dispuestas a aprender y, por lo tanto, a rectificar cuando sea preciso. Lo importante es que se haga más luz, aunque no sea precisamente yo quien haya encendido la lumbre.

Quien permanece a la escucha es sensible a los continuos regalos que recibe. Por eso el agradecimiento es tan propio del estilo académico y su expresión nunca obedece a retórica protocolaria. La Universidad está sinceramente reconocida a todos los que posibilitan que —en Navarra y desde Navarra— sea un foco de luz, reflejado ya en tantos puntos del planeta, en muchas Universidades— semejantes o distintas de la nuestra— que también nos iluminan con sus aportaciones y hallazgos. Entre tantos, entre todos, contribuimos calladamente a que el diálogo universitario siga siendo una esforzada y gozosa celebración del mundo.

Alejandro Llano
Universidad de Navarra
PAMPLONA